

Por Carola Anchapaxi
(carolprincipalmoon@yahoo.com)

En el fascinante viaje de la enseñanza descubro que la vocación es la piedra angular que da vida y significado a esta noble profesión. Mi camino hacia lo que amo comenzó con pequeños pasos que despertaron mi pasión. Este viaje está empezando, pero yo siento la llama crecer.

A los ocho años, mi madre me enviaba fuera de la casa con un libro escolar, un tesoro de conocimiento en ese entonces, para que pudiera leer en voz alta y sumergirme en las páginas. En este rincón de lectura, mi fiel cómplice era el apacible Bubbles, mi gato de pelaje precioso. Sus ronroneos danzaban al ritmo de mis palabras, y mientras lo acariciaba entre mis brazos, su felicidad se expresaba en maullidos intermitentes, como si me instigara a seguir, como si el arte de la lectura fuera una sinfonía que le encantaba escuchar.

Un día, decidí compartirle un deseo peculiar: “Quiero que aprendas a leer”, le dije. Su respuesta, una mezcla de maúllidos y arrullos, parecía transmitirme: “Sigue, intenta un poco más, quiero comprender esas palabras que haces danzar en el aire”.

Años más tarde, el eco de alegría dejó de ser el ronroneo melódico de mi adorado felino, para convertirse en un bullicio festivo de risas y gritos infantiles. La felicidad de esos niños se convirtió en un contagio para mi espíritu aventurero, al igual que las cartas rebosantes de amor, como la que atesoró con cariño de mi niña del

Desde maullidos hasta pandemias



En este rincón de lectura, mi fiel cómplice era el apacible Bubbles, mi gato de pelaje precioso.

recuerdo. En una de sus cartas escribió: “Profesora Carola, le deseo un feliz día del maestro. Ha sido una buena maestra para mí y nos ha aconsejado mucho, y por eso le digo que la quiero mucho como una amiga y una maestra. Usted sabe cómo cuidarnos y que Dios le bendiga siempre a usted y a sus hijos y que se cuide mucho porque la quiero”.

Estas sinceras expresiones han quedado grabadas en mi corazón como un tesoro invaluable, recordándome la pureza de la alegría que compartimos.

Con el paso del tiempo, comencé a laborar en un colegio fiscal, donde los estudiantes de bachillerato

no solo aprenden, sino también evalúan a los docentes. A pesar de ello, continuaba recibiendo cartas como esta: “Lic. Carola, feliz día del Maestro, le deseo éxitos que siga siendo la maestra más tranquila y comprensiva”.

Mi tranquilidad duró poco, pues llegó la pandemia a transformar mi vida y mi enfoque como maestra. Me hizo darme cuenta de que mis estudiantes merecían calidad y calidez en su educación. Decidí hacer ajustes significativos y me aventuré en el mundo virtual, obteniendo un certificado CELTA y, posteriormente, completando un diplomado en enseñanza de inglés como segunda lengua. Recientemente culminé una maestría en pedagogía.

Finalizo esta historia recordando las sabias palabras de Sócrates: “Solo sé que nada sé”. Así, reafirmo que, en la travesía de la enseñanza, un docente debe abrazar la humildad del aprendizaje constante cada día.

La felicidad de esos niños se convirtió en un contagio para mi espíritu aventurero, al igual que las cartas rebosantes de amor, como la que atesoró con cariño de mi niña del recuerdo.